

Catálogo La Puente. Pedro Déniz
Gobierno de Canarias, España, 1998.
ISBN 84-7947-227-8

FIALÉBOLO, EL LANZADOR DE BOTELLAS Ángel Sánchez

Algo más de cien propuestas creativas, cuidadosamente embotellados y sellados, navegan ahora mismo sobre las aguas del Atlántico, de modo irresistible, hacia no se sabe dónde puedan llevarlas las corrientes marinas, las de superficie y las más profundas. Cumplen así la idea de un joven artista de la latitud macaronésica que, con este gesto, busca solucionar una inquietud personal que le ronda en los últimos años. Se trata de Pedro Déniz y su circunstancia personal lleva tres puntos de tensión. Pues ser joven, artista e insular se ha demostrado escaso cabotaje como para superar las altas olas del escalafón artístico en el Archipiélago donde él vive y trabaja. Así y todo, y asumiendo las dificultades del punto de partida, Déniz pide a un número elevado de artistas plásticos, escritores, músicos y otros creativos (en la intersección mediática de tales disciplinas) que le acompañemos en esta navegación. Toda una aventura mental que ya ha tomado cuerpo fenomenológico hasta el punto de poder detectarse por los sutiles y especialísimos satélites que, desde allá arriba, nos vigilan al milímetro.

Con este gesto. Déniz se deja ver en cierto modo como ese Jonás que supera el naufragio de las Ilusiones y se embarca un día en La Restinga (El Hierro) a buscar en la mar alta alguna compensación o sus esfuerzos por poner en marcha la ley de las botellas comunicantes, No hay ballena para el caso, sino más bien un banco de ochenta y muchos alevines transparentando su carga creativa, a la deriva, sorteando redes de pesca, algas, sargazos y undosas cabelleras de sirena, todo sea llegar al destino más deseado: otras manos.

La propuesta de Déniz tiene mucho de recreación onírica, aunque también pueda interpretarse por otros caminos naturales o culturales. Tiene que ver con lo memoria expedicionaria de sus

paisanos, los canarios; tiene también relación con la curiosidad de la mecánica geométrica —las corrientes marinas—. Podría incluso hablarse de romanticismo literario, dados los precedentes que en tal sentido existen en el tema “mensaje en una botella lanzada al mar”. Preferimos, no obstante, pensar en que está —y acaso él ya lo sepa— tras la materialización simultánea del inconsciente personal (y colectivo) y las leyes cósmicas. Lo suyo tiene que ver con la deriva del Otro febril que nos acecha bajo la almohada, que se anuncia con el sopor y se desata en modo morfeico, casi hasta el alba. Tiene que ver con los sueños cautivos, que son los más blandos, y con los desenfrenados, que no resisten más a la liberación. Cuando ambos tipos de sueño concluyen, naufraga el mínimo de felicidad pasajera que nos procuran, y tienden a recrearse en vivo mediante la evocación o mediante los gestos conmemorativos. La Puente es cabalmente la conmemoración (actual de un sueño amniótico, anterior a la experiencia, en el mismo filo de la inocencia).

Pedro es de la raza de los artistas que se lanzan sin red al mar de las dificultades: organizar La Puente le ha costado todo tipo de experiencias, alegrías y quebrantos. Todos ellas caerán por la borda esa mañana del Meridiano Cero, cuando las brisas del nordeste se hagan con la carga cristalina que le ha ocupado los dos últimos años. Llegado el momento de lanzarlos por la borda, se me antoja ver en él al mismo Fialébo, el «lanzador de vasijas», personaje apócrifo que formaba parte de la tripulación de Jasón y sus Argonautas. Como su nombre indica, la misión de Fialébo era aplacar las iras de Poseidón con regalos comestibles lanzados en los momentos más propicios para alcanzar su protección. Era imprescindible lanzar juntos contenido y continente, al tiempo que le declaraba en voz alta la petición de ayuda, lo que ocurrió muchas veces ante la incredulidad o la indiligencia de los tripulantes más jóvenes, quienes desconocían los efectos inmediatos del augurio solicitado.

El de Déniz es un gesto desesperado, casi salvaje, de comunicación de un aislado más de una tribu atlántica que ha quedado insularizada hasta en sus mínimos ensueños. Un querer salir de la inopia o la cansina repetición de los gestos estéticos usuales en su tierra: esa “pardela” en la que cualquier praxis estética sucumbe como «medio» sin conseguir ser «fin». No va sólo el artista en este viaje, sino en común con otras gentes del Planeta Azul que se han reparado en un sueño idéntico: una comunicación fluida, al azar de la Luna, el Planeta Pálido. Los autores de los

mensajes embotellados se plantean un sueño adicional pasar a otras manos que deberán romper la incógnita de la clausura para efectuar finalmente lo comunicación-propuesta. Será acaso un niño de lo Isla de Goré, un anciano de la costa patagónica, un pescador de Islandia, el niño de Alta Mar de Jules Supervielle, las cenizas gloriosas de Agustín Millares o el mismo Capitán Acab los que terminen palpando esa hoja, esa cinta magnetofónica, esas maderas, flores o ramas que tantas veces significan silencio y no-mensaje. Acaso no entiendan lo que lean, acaso decidan comunicarse: todo dependerá de lo habilidad del lanzador, de su concentración llegado al Meridiano Cero, de su consideración creando un objetivo colectivo en el limite de lo impredecible...

¡A saber dónde irán a parar! Quienes hemos acompañado a Pedro Déniz desde los inicios del proyecto agradeceríamos una respuesta a nuestros mensajes. También somos náufragos de la soledad creativa y de la incomunicación, «pezqueñines» de un Leviatán que se empeña en resoplar para mantenernos lejos de lo real ¿A dónde irás, pequeño mapa archipelágico, festoneando a golpe de tijeras, cuando se desencadene lo impensable? ¿Dónde estarás y nunca más se supo? Tan cerca como lejos, me supongo, siempre en el interior de algo o alguien, para el que fuiste pensado, sellado y lanzado por Fialébolo, Quien volverá a la costa a descansar, cumplido ya su riesgo, y casi a punto de despertar...

9 de mayo de 1998

Catálogo La Puente. Pedro Déniz
Gobierno de Canarias, España, 1998.
ISBN 84-7947-227-8

VOLVER AL MAR

29 poemas, Ángel Sánchez con Aníbal Núñez.
Salamanca, 1967.

Volver al mar
ocupándolo
con señas olvidadas
(por suerte un marinero
me ha hecho un plano
en un papel
para que no me pierda)

Volver al mar
incendiándolo
como signo de protesta

Llegar al mar
porque él nunca se llega hasta nosotros.